

CAPÍTULO 5.

LAS CHINCHES SE CONTAGIAN. EL DESIGNIO DE AUGUSTO.



La situación cambió completamente después del mediodía, al hacer la señora Willen el segundo intento de sacar a su enfermo de la cama.

-Por fin vienes -le gritó él al verla-. Siéntate aquí, cerca de mí, pues tengo algo que decirte –confiada, dentro de su armadura a prueba de bacilos, Ágata siguió sus órdenes y hasta le dio la mano bien protegida, al descubrir su agitación.

Él señaló hacia el pie de la cama con dedos temblorosos. Allí había colgado con dos alfileres, el papel, la receta de Steinschüffler. -Lee -le dijo a ella. Siguió, con una expresión de vivo interés, la manera en que ella fue descifrando las palabras:

“Infalible remedio contra chinches.

Mata cada chinche que encuentres. Ya mataste a la última, entonces ya no hay ninguna.”

Augusto empezó a hablar de prisa: -¿No es cierto? Eso es lógico, es fácil y verdadero. Es infalible. Admiro a Steinschnüffler, es un gran hombre. Pero ¿entonces quiere decir que yo sé algo mejor, algo que nadie más que yo sabe?

Ágata, en silencio, apretaba la mano de su hermano. Se inclinaba de nuevo a creer que tenía fiebre. Sin embargo, Augusto lo tomó como un signo de su confianza. Apretando a su vez la mano de la hermana, dijo: -Te doy las gracias. Ahora sé que tú crees en mí. Pero tengo que decirlo en voz alta, para que yo mismo pueda comprenderlo. Todas están aniquiladas, por primera vez he dormido tranquilo. ¿Lo entiendes? Las chinches han desaparecido. Sólo cabe preguntarse cómo sucedió. Hay dos posibilidades: o bien los bichos se contagiaron con la escarlatina y todos reventaron, o... -se calló. A continuación, se dirigió con furia hacia la cama y vio a la hermana con unos ojos que parecían querer examinar su corazón y riñones. Ágata se apartó de esa mirada e intentó zafar su mano. Augusto, sin embargo, le acercaba más la cabeza, hasta el punto que casi tocó con su pelo erizado la máscara de la hermana. Después él susurró: -¿Crees en un designio a través de fuerzas superiores, crees en los espíritus celestiales que designan a los hombres jueces o vengadores en la tierra?

Ágata se soltó y huyó al rincón más lejano del cuarto, tan sorprendida estaba. -No –balbuceó.

-No -repitió él, alargando la corta palabra hasta la eternidad, lleno de indignación-, pero tú vas a creer en ello, lo vas a ver con tus propios ojos -empujó la colcha, pego un brinco hasta la mitad del cuarto, levantó con orgullo la cabeza y gritó:- ¡Mírame!

Ágata se había vuelto contra la pared. -Primero ponte los pantalones- le dijo con sangre fría.

Augusto sintió que le caía un rayo encima. -¿Cómo? -vociferó-, en este momento sagrado, cuando puedes lanzar una mirada en la profundidad de la inefable naturaleza, ¿tú sólo piensas en pantalones? ¡Puf, tú, mujer, tú! –se deslizó de regreso a su cama, lleno de desprecio, y jaló la colcha hasta sus orejas.

Ágata se había espantado tanto con la escena que no se atrevió a dejar solo al enfermo. Comenzó a

arreglar el cuarto de nuevo, mecánicamente. Acabó por acercarse a su hermano. -¿No quieres levantarte, Augusto? Me gustaría tender tu cama -ella notó su cólera, pues él la rechazó con un movimiento violento; luego, procuró calmarlo, ya que tenía miedo de que la excitación pudiera dañarlo-. No quería molestarte -le dijo-. Tú ya me conoces, creo todo lo que dices. Pero hace un rato tenías una expresión terrible, yo no sabía a dónde dirigir la mirada.

Augusto se dio la vuelta. -¿Una expresión terrible? -preguntó-. Si es posible, ya lo creo. Yo irradiaba veneración, lo sé -volvió a enojarse cuando vio la mirada interrogante de Ágata-. Pues bien, uno no puede exigirle a una mujer que crea en la grandeza sin pantalones. ¡Vamos a dejarlo por la paz! -De nuevo se volvió hacia la pared-. Por cierto, no acabo aún de explicármelo. Quizá tengo fuerzas magnéticas, quizás no. Entonces las bestias se enfermaron como yo de escarlatina. ¡Qué solaz, ellas mismas se propinaron la muerte! Eso sería un descubrimiento que el mundo estimularía de golpe. Ya se usan los venenos epidémicos contra los ratones. Ahora vengo yo con el hecho de que se puede aniquilar chinches por medio de la escarlatina. Debo proseguir con eso, fundamentarlo científicamente. Un médico debe experimentar en este campo. A Lachmann le voy a transmitir estos pensamientos. Tiene que hacer experimentos en su laboratorio. También necesito un pintor. Imagínate que revolución se producirá en todas las consideraciones estéticas, cuando se conozca el nuevo matiz de la escarlatina en el rojo de las chinches. Puede surgir una nueva técnica de la preparación de los colores. Porque, de seguro, como se pueden suscitar fabulosas apariciones de rojos por medio de chinches con epidemia, de la misma manera se podrían lograr tonos azules, verdes, amarillos con otros objetos mediante las transferencias apropiadas. Sí, tal vez hasta se conseguiría desarrollar y aprovechar prácticamente el tornasol de las moscas venenosas o de las libélulas, como también la magia de los colores de las mariposas, por el contagio. Ya sólo para la economía nacional sería asombroso. Pues qué significa tanto índigo artificial frente a esta magnificencia por venir. Y si ahora viven miles de la anilina, más tarde cientos de miles de las chinches con escarlatina se ganarán su pan. Steinschnüffler tiene que venir; no es imposible que aquí encuentre la solución al problema de cómo los pintores primitivos producían sus indestructibles colores. En aquel entonces había bastantes bichos y también más epidemias que nunca. Se unirán incontables experimentos, incontables éxitos. El hombre domesticará todo lo que pique y muerda, para ponerlo al servicio de la humanidad. El hombre expulsará al demonio, él, el gran señor de señores de las ratas y los ratones. Suma los minutos que se pierden diariamente en la lucha contra cucarachas y pulgones; obtienes una eternidad aprovechable para metas más elevadas. Una masa incalculable de energía metal se prodiga ahora en matar orugas, moscos, avispas; se gastan millones en trampas para ratones, polvos para insectos, venenos para moscas. Los más valiosos pensamientos pueden perderse por el repentino piquete de una pulga; sí, los momentos más sagrados de la vida, del amor, se destruyen por eso mismo, los matrimonios se separan. Se va a construir un mundo nuevo, un mundo por encima de todo escozor y comezón, por encima de todas las bajezas de la vida.

Se calló por un momento para tomar un respiro. Ágata aprovechó la pausa y salió huyendo. Al cerrar la puerta a sus espaldas, su corazón estaba a punto de estallar y de sus ojos brotaban lágrimas.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck